

La guerra civil en el País Vasco: ¿un conflicto dzferente?

Santiago de Pablo

Universidad del País Vasco

Historia y memoria de la guerra en Euskadi

La presencia de la historia en el debate político vasco es muy frecuente. Muchos políticos utilizan argumentos históricos como arma para conseguir sus objetivos o para desacreditar al contrario. De los Fueros a la transición, no faltan alusiones a la historia en mítines o declaraciones de casi todos los partidos, pero no es casualidad que la guerra civil -**un** período clave en la historia española y vasca del siglo **xx**- se lleve la palma. Ya en aquella época dio lugar a hechos controvertidos, como la actitud del PNV, el bombardeo de Guernica, el alcance de la represión o el pacto de Santoña, cuyos ecos siguen oyéndose hoy, tratando de buscar similitudes, muchas veces forzadas, entre aquellos hechos y la actualidad política.

El mantenimiento de una memoria viva de la guerra de 1936 es un hecho positivo, pero no lo es que, so pretexto de una reivindicación política, se falsifique o se manipule la historia. Es lo que hace el nacionalismo vasco -**con** «su permanente evocación de la guerra civil, como si no hubieran sido vascos los que engrosaron las filas del requeté»¹-, y en especial la izquierda *abertzale*, presentando la guerra en Euskadi como un conflicto del «pueblo vasco (...) contra Franco y sus aliados fascistas y nazis»². No se trata,

¹ JULIÁ, S.: «Sin bandera», *El País*, 13 de octubre de 2002.

² Contracubierta de la reedición del libro de STEER, G. L.: *El árbol de Gemzka*, Tafalla, Txalaparta, 2002.

sin embargo, de un defecto exclusivo del nacionalismo, pues de él se han *contagiado* también historiadores ajenos al País Vasco. De ahí que Jan Juaristi haya criticado, con cierta razón, «el antifranquismo barato y cutre que hoy se estila, y no sólo entre los nacionalistas» 3.

El anuncio de la creación de una comisión interdepartamental del gobierno vasco, en diciembre de 2002, para proceder a la búsqueda de fosas de fusilados y desaparecidos en la guerra parece ir en el mismo sentido. Con independencia de la necesidad de resarcir a las víctimas y a sus familiares y de asumir el pasado ocultado durante cuarenta años de dictadura, la forma en que se ha presentado la iniciativa –a rebufo de lo sucedido en otras comunidades autónomas– y las cifras aportadas parecen ser consecuencia de un deseo de superar el número de víctimas de otras regiones, para ganar en pedigrí antifranquista. Inicialmente se habló de 5.500 fusilados en la tres provincias, para poco después, quizá ante la imposibilidad de sostener una cifra tan abultada, rebajarla a 3.100, que parece también exagerada a la luz de las escasas investigaciones existentes 4, lo que quizá no es casual, puesto que tal vez no interese comparar las cifras reales de la represión en Euskadi con las mucho más altas de Castilla o Extremadura.

Como ha afirmado recientemente Ramon Saizarbitoria, con motivo de la presentación de una novela sobre la guerra en Euskadi, «ahí tienen su apoyatura muchos de nuestros problemas (...). Debería enseñarse en las escuelas que, en la guerra civil, en el bando fascista había muchos vascos, más si incluimos a los navarros, y que por Euskadi cayeron muchos que no eran nacionalistas. Eso tan simple nos ha sido sustraído» 5.

De ahí la importancia de proceder a un análisis –basado en las investigaciones existentes hasta la fecha– de la guerra civil en el País Vasco, con sus peculiaridades y contradicciones, ya que el mejor homenaje a las víctimas de aquella tragedia no es inventar historias, sino reconstruir la historia de la forma más veraz posible.

3 JuARISn, J.: *La tribu atribulada*, Madrid, Espasa, 2002, p. 100.

4 Un estudio reciente poco fiable por su tendencia al alza, como veremos, habla de 2.269 muertos entre 1936 y 1946 [EGaña, I. (dir.): 1936, *Guerra Civil en Euskal Herria*, I, Andoain, Aralar, 1999-2000, p. 60]. *El Correo*, 10 y 11 de diciembre de 2002.

5 *El Mundo*, 23 de marzo de 2002. Cfr. SAIZARBITORIA, R.: *Guárdame bajo tierra*, Madrid, Alfaguara, 2002.

Es lo que intentaremos en este artículo, partiendo de un recorrido por la nutrida historiografía publicada y tratando de analizar la evolución de la actual Comunidad Autónoma del País Vasco entre 1936 y 1939, aunque haremos también algunas alusiones a Navarra, por su estrecha relación con la situación vasca de la época. Lógicamente, centraremos nuestra atención en la peculiaridad del conflicto en Euskadi y en especial en la actitud del nacionalismo, en el gobierno vasco y en la cuestión religiosa.

Un balance historiográfico

Esta memoria peculiar tiene detrás una amplísima bibliografía, que incluye tanto obras de carácter testimonial y propagandístico como estudios historiográficos, más abundantes en las últimas décadas⁶. Sin embargo, esta bibliografía presenta un carácter contradictorio: sabemos mucho más -salvo en algunos temas, como la represión- del bando republicano que del franquista; dentro del primero, la historiografía se ha centrado más en el nacionalismo y en el gobierno vasco que en la izquierda; algunos hechos -como el bombardeo de Guernica- han provocado multitud de publicaciones, pero aún siguen siendo controvertidos; otros están casi sin estudiar. Estas preferencias historiográficas son consecuencia de la necesidad de estudiar la peculiaridad de la guerra en Euskadi, pero también son un reflejo del ambiente sociopolítico de cada época. Así, los estudios sobre el bando republicano, el nacionalismo y la represión franquista eran mucho más atractivos en la situación política vivida en Euskadi desde los años setenta.

Durante décadas, la mayor parte de los libros sobre la guerra en el País Vasco fueron testimonios y memorias de protagonistas. De valor muy desigual, algunos han tenido gran influencia en la memoria posterior, como sucede con *The Tree Of Gernzka (1938)*,

⁶ GRANJA, J. L. de la: «Medio siglo de bibliografía sobre la Guerra Civil en el País Vasco (1936-1937/1987)>>, en GARITAÛNANDIA, C., y GRANJA, J. L. (eds.); *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987, pp. 427-438. En el análisis historiográfico que abordamos a continuación citaremos sólo los libros fundamentales. Para las referencias completas de libros de memorias y artículos puede consultarse dicho artículo, así como las recopilaciones de bibliografía vasca de historia contemporánea aparecidas en las revistas *Historia Contemporánea* núms. 1 a 12, 1988-1996, y *Vasconia* núms. 25, 29 Y31, 1998-2001.

escrito por el periodista inglés G. L. Steer, corresponsal de *The Times* en Bilbao durante la guerra. En los libros de memorias, los nacionalistas son mayoritarios, destacando las obras de protagonistas de primera fila (J. A. Aguirre, M. Irujo, C. Jemein, F. Zabala, A. Irujo, P. Basaldua), de sacerdotes (A. Onaindía, I. Azpiazu, M. Ayerra, T. Ispizua) y *gudaris* (R. Galarza, J. Estornés, J. Elósegui, L. Ruiz de Aguirre, de ANV). Menos numerosos son los testimonios de la izquierda (en la que destacan los socialistas M. Amilibia y T. Echevarría, los militares M. Gámir y F. Ciutat y el anarquista M. Chiapuso) y de la derecha, destacando los requetés (A. Lizarza, J. del Burgo, J. Nagore, E. Herrera, D. Mugarza, P. Cía o el ex nacionalista J. Arteche)⁷. A los testimonios escritos por los protagonistas hay que sumar las recopilaciones de historia oral, abundantes sobre todo en la transición⁸. Durante mucho tiempo, este tipo de obras han sido las que han predominado en el conjunto de las publicaciones sobre la guerra, hasta el punto de que, en algunos casos, resulta difícil distinguir a los publicistas de la historiografía propiamente dicha, al ser los propios protagonistas quienes escriben libros de historia, sobre todo de carácter militar o religioso.

En las últimas décadas, sin haber desaparecido las obras testimoniales, se han incrementado los estudios historiográficos. El aspecto bélico, estudiado por historiadores militares, como J. M. Martínez Bande, ha sido analizado también por V. Talón, M. Tuñón de Lara y más recientemente por la obra inconclusa coordinada por J. A. Urgoitia, en la que participa el mejor conocedor de este tema en la actualidad, F. Vargas⁹. No obstante, sigue siendo necesaria

⁷ GRANJA, J. L. de la; MIRALLES, R., y PABLO, S. de: «Fuentes para la historia del País Vasco en la Segunda República y la Guerra Civil», *Bulletin d'Histoire Contemporaine d'Espagne*, núm. 19, 1994, pp. 101-114, Y «Fuentes históricas sobre la Segunda República, la Guerra Civil, el exilio y el primer franquismo en el País Vasco (1931-1960)», *Espacio, Tiempo y Forma*, serie V, *Historia Contemporánea*, núm. 7, 1994, pp. 435-454.

⁸ IBARZABAL, E.: *50 años de nacionalismo vasco, 1928-1978 (a través de sus protagonistas)*, San Sebastián, Ediciones Vascas, 1978; JIMÉNEZ DE ÁBERASTURI, L. M. Y J. C.: *La guerra en Euskadi*, Barcelona, Plaza y Janés, 1978; BLASCO OLAETXEA, C.: *Diálogos de guerra. Euskadi*, 1936, San Sebastián, 1983, y ESTÉIJEZ, X., y OTAECUR, M.: «Protagonistas de la historia vasca (0923-1950)», *Cuadernos de Sección Historia-Geografía*, núm. 7, 1985.

⁹ MARTINEZ BANDE, J. M.: *La Guerra en el Norte*, Madrid, San Martín, 1969; *Vizcaya*, Madrid, San Martín, 1971, y *Nueve meses de guerra en el Norte*, Madrid, San Martín, 1980; TALÓN, V.: *Memoria de la Guerra de Euzkadi de 1936*, Barcelona,

una puesta al día del aspecto militar y un análisis interno y completo del ejército vasco. La guerra en el mar ha sido estudiada por J. M. Romana y J. Pardo¹⁰, y otros autores – a los que haremos referencia más adelante – se han centrado en hechos clave, como el bombardeo de Guernica y el Pacto de Santoña.

Para la trascendental cuestión religiosa son importantes las aportaciones de J. Goñi, F. García de Cortázar, H. Raguer y F. de Meer. Este último es autor del libro más completo sobre la actitud del PNV en la guerra, a la que también se han acercado J. L. de la Granja y el capítulo correspondiente del libro *El péndulo patriótico*¹¹. La actuación del gobierno vasco durante sus escasos nueve meses de existencia en Vizcaya ha sido analizada, entre otros, por J. M. Castells, M. Montero, K. San Sebastián y J. L. de la Granja¹², pero aún es necesario un estudio más profundo de la actividad de las diversas Consejerías, como el que ya existe sobre la de Cultura¹³.

En cuanto a la zona franquista, contamos con estudios sobre el desarrollo de la sublevación y el aporte de los voluntarios carlistas, debidos a J. Aróstegui y J. Ugarte, quien se ha acercado también al origen social de los apoyos a la sublevación en Álava y Navarra, con una metodología antropológica¹⁴. El análisis de los poderes locales en el bando franquista ha sido abordado, entre otros, por F. Luengo, C. Calvo y P. Barruso, pero aún sigue siendo necesario un estudio completo del personal político y del carlismo, mejor estudiado en el caso navarro.

Plaza y Janés, 1988; TUNÓN DE LARA, M. y otros: *La Guerra Civil española. La campaña del Norte*, Barcelona, Folio, 1997, y URGOITIA, J. A. (dir.): *Crónica de la Guerra Civil de 1936-1937 en la Euzkadi peninsular*, Oiartzun, Sendoa, 2001-2002.

¹⁰ ROMANA, J. M.: *Historia de la guerra naval en Euzkadi*, Bilbao, Amigos del Libro Vasco, 1984-1986, y PARDO, J.: *Euzkatzko Gudontzidia. La Marina de Guerra Auxiliar de Euzkadi (1936-1939)*, San Sebastián, Museo Naval, 1998.

¹¹ MEER, F. de: *El Partido Nacionalista Vasco ante la Guerra de España (1936-1937)*, Pamplona, EUNSA, 1992; PABLO, S. de; MEES, L., Y RODRÍGUEZ RANZ, J. A.: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II, 1936-1979*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 9-74, y GOÑI, J. M.: *La Guerra Civil en el País Vasco: una guerra entre católicos*, Vitoria, Eset, 1989.

¹² GRANJA, J. L. de la: *El Estatuto Vasco de 1936*, Oñati, NAP, 1988.

¹³ SEBASTIÁN, L.: *Entre el deseo y la realidad. La gestión del Departamento de Cultura del Gobierno Provisional de Euzkadi (1936-1937)*, Oñati, NAP, 1994.

¹⁴ ARÓSTEGUI, J.: *Los combatientes carlistas en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Aportes XIX, 1991, Y UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

Otros aspectos de la guerra en ambas zonas, como la economía, la sociedad, la cultura, los medios de comunicación y la vida cotidiana –a los que apenas haremos referencia aquí–, han sido menos estudiados, destacando las obras de M. González Portilla sobre economía; S. de Pablo y C. Bacigalupe sobre vida cotidiana, así como diversas aportaciones sobre los medios de comunicación¹⁵. Otro tema polémico, el alcance de la represión, ha sido objeto de investigaciones para Álava y Navarra, pero apenas para Vizcaya y Guipúzcoa. El éxodo infantil durante la guerra ha sido bien analizado por G. Arrien y J. Alonso Carballedés, mientras que para la situación de los vascos en Francia y Cataluña entre 1936 y 1939 contamos con el libro de G. Arrien e I. Goigana¹⁶.

En cuanto a obras de conjunto, cabe destacar la referida a la Guipúzcoa republicana de P. Barruso. Además, hay un buen número de libros desiguales (como la *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*) o muy sesgadas, sobre todo desde la óptica de la izquierda *abertzale*. Ésta sigue promoviendo la publicación de una ingente cantidad de títulos sobre la guerra, con una visión victimista y nacional-revolucionaria, cuyo ejemplo más reciente es la obra colectiva 1936. *Guerra Civil en Euskal Herria*. Además de algunas breves síntesis (como las de J. P. Fusi, M. González Portilla y J. M. Garmendia e I. Chueca y I. Fernández), sigue siendo de utilidad –en especial para algunos temas– la obra colectiva *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después*¹⁷, dirigida por M. Tuñón de Lara.

¹⁵ GONZÁLEZ PORTILLA, M., y GARIVIENDIA, J. M.: *La guerra civil en el País Vasco. Política y economía*, Madrid, Siglo XXI-Universidad del País Vasco, 1988; GARITAO, NANDIA, C.; GRANJA, J. L. de la, y PABLO, S. de (eds.): *Comunicación, Cultura y Política durante la Segunda República y la Guerra Civil*, tomo 1, Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia-Universidad del País Vasco, 1990; BACIGALUPE, C.: *Pan en la guerra. Crónica de la vida cotidiana en el Bilbao de la Guerra Civil (julio de 1936-junio de 1937)*, Bilbao, Laga, 1997, y PABLO, S. de: *Trabajo, diversión y vida cotidiana. El País Vasco en los años treinta*, Vitoria, Papeles de Zabalandia, 1995.

¹⁶ ARRIEN, G.: *Niños vascos evacuados a Gran Bretaña, 1937-1940*, Bilbao, Asociación de Niños Evacuados el 37, 1991; ALONSO, J. J.: 1937. *Los niños vascos evacuados a Francia y Bélgica. Historia y memoria de un éxodo infantil, 1936-1940*, Bilbao, Asociación de Niños Evacuados el 37, 1998, YÁRRIEN, G., y GOROGANA, I.: *El primer exilio de los vascos. Cataluña, 1936-1939*, Barcelona, Fundació Ramon Trias Fargas-Fundación Sabino Arana, 2002.

¹⁷ BARRUSO, P.: *Verano y revolución. La Guerra Civil en Gipuzkoa (julio-septiembre de 1936)*, San Sebastián, Haranburu, 1996; VVAA: *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*, San Sebastián-Bilbao, Haranburu-Naroki, 1979-1982; EGAÑA, I.:

Verano de 1936: la actitud del PNV

La heterogeneidad social y política que había caracterizado a Vasconia durante la Segunda República tuvo su continuidad tras la sublevación de julio de 1936. La partición del territorio entre los militares alzados y el gobierno de la República correspondía con bastante exactitud a la tradición política de cada provincia. Así, los sublevados controlaron Navarra y casi toda Álava, salvo su vertiente cantábrica, que, con Vizcaya y Guipúzcoa, quedó en zona republicana. Navarra y, en menor medida, Álava eran el epicentro de una insurrección cívico-militar, en la que el carlismo -mayoritario en estos dos territorios- era una pieza fundamental. Por ello, aquí triunfó sin apenas oposición la sublevación militar, dirigida en Navarra por el general Mola y en Álava por el teniente coronel Alonso Vega. Ambos contaron con el apoyo entusiasta de amplios sectores de la población civil, especialmente de los requetés carlistas, que se reclutaron sobre todo en las zonas rurales, alcanzando grandes contingentes desde el primer momento. En Navarra se formaron once tercios de requetés, en Álava tres y más adelante tres en Guipúzcoa y dos en Vizcaya. En total, Navarra aportó al ejército de Franco 18.255 voluntarios y Álava 2.051. Frente al rápido triunfo de la sublevación en el interior, en Guipúzcoa el levantamiento del coronel Carrasco fue derrotado, tras diez días de lucha en San Sebastián, gracias a la rápida intervención de la izquierda, que en poco tiempo alcanzó un protagonismo inusitado. En Vizcaya ni siquiera llegó a producirse una sublevación en regla, quedando desde el primer momento la situación bajo control de las autoridades republicanas, en continuidad con la etapa anterior.

Problemática fue la decisión del PNV, que hubiera querido mantenerse neutral, aunque la imposibilidad práctica de esta opción le obligó a decantarse por el bando republicano, del que esperaba obtener el Estatuto de autonomía, consensuado en las Cortes por José Antonio Aguirre e Indalecio Prieto. El mismo 18 de julio se había reunido en San Sebastián el máximo organismo del PNV, adoptando

op. cit., 1999-2000; FUSI, J. P.: *El País Vasco, 1931-1937. Autonomía. Revolución. Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002; GONZÁLEZ POR11LLA, M., y GARMENDIA, J. M.: *op. cit.*, 1988; CHUECA, I., y FERNÁNDEZ, L.: *Espainiako Gerra Zibila Euskal Herrian*, Andoain, Euskaldunon Egunkaria, 1997, y GARITAONANDIA, C., y GRANJA, J. L. (eds.): *op. cit.*, 1987.

una actitud de neutralidad y expectativa. Sin embargo, su nota nunca llegó a ser publicada, debido al desarrollo de los acontecimientos, y la dirección vizcaína del PNV -tras largas deliberaciones- redactó una nota de apoyo a la República, que se publicó en el diario *Euzkadi*, órgano oficial del partido, el 19 de julio. Juan Ajuriaguerra, presidente del PNV de Vizcaya, recordaba muchos años después:

«Tenía la esperanza de escuchar alguna noticia que nos ahorrara tener que tomar una decisión: que uno u otro bando ya hubiese ganado la partida (E.) Tomamos esa decisión sin mucho entusiasmo, pero convencidos de haber elegido el bando más favorable para los intereses del pueblo vasco»¹⁸.

Este acuerdo marcó la actitud del PNV ante la guerra, aunque su gestación fue muy compleja y obligada por las circunstancias y denotaba poco entusiasmo por la República. Además, aunque la mayoría de los afiliados de la zona republicana acataron esta decisión, algunos opinaban que el PNV debía dedicarse sólo a mantener el orden y otros creían que el partido debía unirse a los sublevados para defender la religión y oponerse a la revolución.

Esto fue en parte lo que sucedió en Navarra y Álava, donde las autoridades nacionalistas publicaron sendas notas declarando que el PNV, por su ideología católica, no apoyaba a la República. La mayor parte de los nacionalistas navarros y alaveses trataron de pasar desapercibidos, un buen número se dieron de baja en el partido, se alistaron voluntarios en el ejército franquista o manifestaron su adhesión al alzamiento y los menos sufrieron la represión o pasaron a la zona republicana. En algunos casos, las autoridades del PNV consideraban que no había habido defecciones, sino una *lealtad geográfica*) una actitud diferente a la de Vizcaya y Guipúzcoa, donde las circunstancias habían *obligado* al PNV a actuar de forma distinta a la de aquellos navarros o alaveses que -sin renunciar a su ideal- capeaban el temporal en un ambiente hostil.

A veces fueron más las circunstancias externas, los hechos consumados, los que configuraron la actitud del PNV, que en ambas zonas actuó sin plena libertad y a remolque de los acontecimientos. Incluso en Vizcaya y Guipúzcoa la actitud inicial del PNV fue más de *coincidencia* con el gobierno para el mantenimiento del orden

¹⁸ FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, 1, Barcelona, Grijalbo, 1979, p. 66.

que de enfrentamiento militar con los alzados. A pesar de que en la memoria colectiva del nacionalismo vasco la postura pro-republicana de 1936 parece hoy incontrovertible, ni fue una decisión fácil ni unánime, ni tuvo necesariamente que ser la que fue. La situación sería diferente a partir de la aprobación del Estatuto vasco en octubre, cuando el PNV decidió implicarse de lleno en la lucha por la libertad de Euskadi, que sólo sería posible si la República ganaba la guerra.

De hecho, durante el verano de 1936, el protagonismo en Euskadi correspondió a la izquierda, que controlaba las recién constituidas Juntas de Defensa de Vizcaya y Guipúzcoa. En esta última, el derrumbamiento del poder republicano dio lugar a una situación revolucionaria, plasmada en numerosos cambios sociales y en una fuerte represión contra los derechistas, calculándose en torno a quinientas las víctimas mortales en esta provincia entre julio y septiembre de 1936. En Vizcaya, la Junta de Defensa logró un mejor control de la situación, a pesar del enfrentamiento latente en su seno entre la izquierda y el PNV y de que también se produjeron más de un centenar de asesinatos, como el del monárquico liberal Gregorio Balparda.

Desde el punto de vista militar, enseguida había comenzado el avance de las tropas de Mola sobre Guipúzcoa, con el objetivo de controlar la frontera y cortar la comunicación de la zona norte republicana con Francia. En la defensa de Guipúzcoa, el esfuerzo bélico correspondió casi exclusivamente a las milicias de izquierda. Sólo el 8 de agosto se constituyó en Loyola (Guipúzcoa) la agrupación de milicias nacionalistas *Euzko Gudarostea*) pero cuando a finales de agosto el Frente Popular instó al PNV a que se movilizara para defender Irún, la respuesta fue negativa. Era un ejemplo claro de la distancia, sobre todo en la cuestión religiosa, que separaba al nacionalismo vasco de sus circunstanciales aliados en el verano de 1936: una etapa que puede calificarse como de coincidencia entre el Frente Popular y el PNV ante un enemigo común y de pasividad nacionalista en el terreno militar.

El caso de los católicos vascos

La guerra civil en el País Vasco fue también una guerra entre católicos, a diferencia de lo que sucedió en el resto de España. Así

quedó claro a primeros de agosto de 1936, cuando se publicó una pastoral de los obispos de Vitoria y Pamplona (Mateo Múgica y Marcelino Olaechea), ordenando al PNV que no se opusiera al «movimiento cívico-militar», caracterizado por su apoyo al catolicismo. El carácter confesional del PNV situaba a los nacionalistas en una disyuntiva moral, aunque la instrucción identificaba el porvenir del catolicismo con el nacionalismo español, por lo que era imposible que fuera aceptada por el PNV. Éste trató primero de negar la autenticidad del texto, para después alegar que no constaba que Múgica -de cuya diócesis dependían Vizcaya y Guipúzcoa- contara con suficiente libertad y que un cambio de postura en estos momentos traería consigo un mal mayor.

A pesar de esta toma de postura, Múgica fue acusado por los militares de ser condescendiente con el PNV y de haber permitido la conversión del Seminario de Vitoria en un «semillero separatista». Que estas acusaciones no fueran ciertas y que el obispo se hubiera pronunciado a favor del alzamiento no impidió que los sublevados forzaran al Vaticano a pedir a Múgica que saliera de su diócesis, trasladándose a Roma en octubre de 1936. Además, dieciséis sacerdotes y religiosos -acusados de ser nacionalistas, salvo uno, Santiago Lucas, al que se tildaba de socialista- fueron fusilados por las tropas franquistas en las cuatro provincias, casi todos ellos en otoño de 1936. Poco después, Múgica presentó al Vaticano una exposición en la que, aunque seguía condenando la actitud del PNV, negaba las acusaciones de haber favorecido al nacionalismo, denunciaba los fusilamientos de sacerdotes y la persecución contra los católicos nacionalistas. Frente a la imagen de un Múgica engañado en agosto por los militares -difundida después por el PNV-, lo cierto es que el prelado estaba desconcertado, sin entender que los católicos estuvieran matándose entre ellos y que los dos bandos estuvieran asesinando sacerdotes. La postura de Múgica iría cambiando con el paso del tiempo, siendo uno de los pocos obispos que no firmó la carta colectiva del episcopado español a favor del alzamiento en julio de 1937. En febrero de 1939 se dirigió al Vaticano defendiendo la actitud nacionalista, que seguiría apoyando públicamente en el exilio.

La controversia sobre la actitud del PNV en relación con la moral católica continuó durante toda la guerra, con hitos como la polémica entre el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, y *ellehendakari* Aguirre,

en torno al carácter religioso o social de la guerra, o el informe del sacerdote nacionalista Alberto Onaindía a la Santa Sede en octubre de 1936. Según Onaindía, el teólogo de la Santa Sede que estudió su informe indicó que, «desde el punto de vista moral», nada podía reprocharse al PNV, aunque políticamente hubiera sido mucho más útil un pacto con los militares. La actitud prudente de la Santa Sede ante el *caso de los católicos vascos* se puso de manifiesto cuando el Vaticano rechazó la posibilidad de excomulgar a los nacionalistas por su alianza con la República, tal y como había solicitado la diplomacia franquista a finales de 1936.

El respeto a la Iglesia fue también un empeño constante en la actuación del dirigente del PNV Manuel Irujo, al ser nombrado ministro -primero sin cartera y luego de Justicia- del gobierno de la República. Tal y como señalaba un informe diplomático inglés, la labor de Irujo en el Ministerio de Justicia, «humanizando la guerra y ahorrando vidas y sufrimientos, cae fuera de toda alabanza», pero las contradicciones que tuvo que superar fueron inmensas, fracasando sus intentos de restablecer la libertad religiosa y las relaciones plenas con la Santa Sede¹⁹. De hecho, Irujo no pudo concluir su mandato, pues en diciembre de 1937 dejó el Ministerio de Justicia para pasar de nuevo a ser ministro sin cartera, saliendo por fin del gobierno de Negrín en agosto de 1938.

En la zona franquista, también la cuestión religiosa ocupó un lugar central, con características en parte diferentes a las del resto de España, debido a la presencia de católicos opuestos al nacionalcatolicismo imperante. Tras la marcha de Múgica al exilio, en octubre de 1937 la Santa Sede designó administrador apostólico de Vitoria a Javier Lauzurica, en el que el Estado franquista vio un prelado afín a su política, procediéndose bajo su mandato a la depuración del clero y del Seminario. La represión contra el clero nacionalista -que sufrió multas, destierros, encarcelamientos o exilio- provocó un verdadero cataclismo en la Iglesia del País Vasco. No conocemos con exactitud las cifras de esta represión, aunque algunos estudios apuntan a 700 sacerdotes en las tres provincias, lo que significaría en torno a un 36 por 100 del clero de la diócesis.

La actitud complaciente de la Iglesia no impidió los roces con las nuevas autoridades, como el que tuvo lugar en 1938, cuando

¹⁹ Archivo del Nacionalismo, GE, 56-1. Cfr. VIGNAUX, P.: *Manuel de Irujo. Ministre de la République dans la Guerre d'Espagne*, París, Beauchesne, 1986.

aquéllas anularon las normas de Lauzurica autorizando la predicación en euskera. Otro hito importante en este sentido fue la clara aunque tardía exhortación del obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea («Ni una gota de sangre inocente»), condenando los asesinatos en la Navarra franquista, en noviembre de 1936.

El primer gobierno vasco

La obtención del Estatuto de autonomía fue determinante en la actitud nacionalista. La *coincidencia* entre el Frente Popular y el PNV se convirtió, en el otoño de 1936, en alianza, a raíz de la entrada de Irujo en el gobierno y la aprobación del Estatuto. Desde este momento, el PNV se implicó decididamente en la guerra y comenzó una etapa -hasta la caída de Bilbao, en junio de 1937- en que el protagonismo correspondió al nacionalismo. En estos hechos influyeron también el desarrollo de la guerra y la coyuntura política general. El 4 de septiembre Irún y la frontera francesa caían en poder de las tropas de Mola y se formaba el nuevo gobierno republicano, presidido por el socialista Largo Caballero. Con objeto de implicar a los nacionalistas en la defensa de la República y de fortalecer el debilitado frente norte, Largo pretendía incorporar a su gabinete a un ministro del PNV. El 13 de septiembre caía San Sebastián y diez días más tarde las tropas franquistas llegaban casi al límite de Vizcaya. Con el frente hundiéndose irremisiblemente, el PNV y el gobierno se vieron obligados a entenderse.

No conocemos las condiciones exactas del pacto, pero el PNV pidió como condición *sine qua non* la aprobación del Estatuto, además del respeto a la libertad religiosa y a la propiedad privada y tal vez que las milicias vascas lucharan sólo en su territorio. Esta última condición ha sido puesta en duda, pero en cualquier caso reflejaría la particular idea que de la guerra tenía el PNV, que no luchaba por la República, sino por la libertad vasca. El 25 de septiembre, la mayoría de las milicias nacionalistas se dirigieron por primera vez al frente e Irujo era nombrado ministro sin cartera. Significativamente, este nombramiento no apareció en el diario *Euzkadi*, lo que refleja el temor que existía entre las autoridades del PNV a que esta alianza no fuera entendida por sus afiliados y de hecho provocó la baja en el partido de Luis Arana, el hermano de su fundador.

El 1 de octubre de 1936, las Cortes de la República aprobaban el Estatuto vasco. El día 7, los concejales de la zona vasca republicana elegían a José Antonio Aguirre, carismático líder del PNV, como *lehendakari* del gobierno vasco y se constituía un ejecutivo de coalición entre el PNV y el Frente Popular, con cuatro consejeros del PNV (Aguirre, Presidencia y Defensa; Jesús María Leizaola, Justicia y Cultura; Heliodoro de la Torre, Hacienda, y Telesforo Monzón, Gobernación), tres del PSOE (Santiago Aznar, Industria; Juan Gracia, Asistencia Social, y Juan de los Toyos, Trabajo) y uno de Izquierda Republicana (Ramón María Aldasoro, Comercio y Abastecimientos), Unión Republicana (Alfredo Espinosa, Sanidad), PCE (Juan Astigarrabía, Obras Públicas) y el pequeño partido nacionalista de izquierdas ANV (Gonzalo Nárdiz, Agricultura). El programa de gobierno hablaba de realizar una política de «acusado avance social», pero dejando clara su impronta moderada (libertad religiosa, mantenimiento del orden público) y nacionalista, al comprometerse a salvaguardar «las características nacionales del Pueblo Vasco». Ello llevó consigo una especificidad que algunos autores han denominado el *oasis vasco* de 1936-1937, en el que no hubo, a diferencia del resto de la zona republicana, ni persecución religiosa ni revolución social.

El predominio nacionalista en el gobierno –a pesar de ser de coalición con el Frente Popular–, el cese de la ofensiva franquista en el norte, la indefinición del texto estatutario y el aislamiento en que se encontraba su exiguo territorio (Vizcaya y una pequeña parte de Guipúzcoa y Álava) permitieron una situación –en palabras de Aguirre– de «independencia de hecho», que nada tenía que ver con la letra del Estatuto. El gobierno llevó a cabo una intensa actividad en sus escasos nueve meses de vida, creando una compleja estructura administrativa, que no era casual, ya que los nacionalistas aprovecharon la situación para crear un verdadero Estado vasco cuasi soberano. La nutrida productividad legislativa generada incluyó los atributos tradicionalmente ligados a la soberanía, como la moneda (acuñada en Bilbao ante la escasez de moneda republicana), el ejército, las *fronteras* (debido al aislamiento de su territorio) y la política exterior²⁰.

Un repaso a la labor de cada consejería –dejando a un lado Defensa, de la que hablaremos al referirnos a la cuestión militar–

²⁰ GRANJA, J. L.: *op. cit.* 1988, YSEBASTIÁN, L.: *op. cit.*, 1994.

da idea de esta actividad. Presidencia creó los cimientos y los símbolos de esta estructura estatal (*Diario Oficial*) la *zkurriña* como bandera nacional), organizó servicios de información y propaganda y mantuvo relaciones exteriores. Justicia y Cultura organizó la administración judicial, mejoró las condiciones de vida en las cárceles, creó la Universidad Vasca y promovió el euskera. Hacienda gestionó la provisión de fondos para la administración vasca, emitió moneda y controló la banca y la Bolsa de Bilbao. Gobernación renovó la administración local y creó un cuerpo de policía propio (la *Ertzaña*), tratando de mantener el orden público y de humanizar la guerra. Industria se ocupó de garantizar el funcionamiento de las fábricas y de la flota. Asistencia Social organizó la acogida de los miles de refugiados procedentes de Guipúzcoa, creó alojamientos, comedores y guarderías infantiles, organizó la salida de niños al extranjero y preparó el exilio en Francia. Trabajo, Previsión y Comunicaciones se encargó de la radio y del servicio postal, restableció los jurados mixtos y recolocó a los trabajadores cuyas fábricas habían cerrado a causa de la guerra. Comercio se encargó del abastecimiento de alimentos -muy complicado en una zona aislada, con mucha población y escasa producción agraria, a pesar de los esfuerzos en este sentido del Departamento de Agricultura- y del control de precios, persiguiendo la especulación. Sanidad creó la Cruz Roja de Euzkadi y se encargó de la asistencia sanitaria a los refugiados. Obras Públicas se centró en la construcción de refugios, mejora y control de ferrocarriles, puertos y carreteras.

La principal característica de este *oasis vasco* fue el mantenimiento del culto católico, la ausencia de revolución social y de persecución religiosa y el empeño del gobierno vasco por mantener las garantías jurídicas y evitar los asesinatos indiscriminados. Hoy nadie duda de que esta preocupación humanitaria tuvo un enorme mérito y constituye una excepción casi única en el conjunto de las fuerzas contendientes, hasta el punto de que Juaristi afirma que «ni un solo *gudari*, ni un solo nacionalista cometió un acto de saqueo, de venganza», siendo «uno de los raros ejemplares que han pasado a través de las matanzas de este siglo sin mancharse con la sangre de inocentes ni de enemigos inermes». El propio espionaje franquista reconocía que el gobierno vasco se había «impuesto en el mantenimiento del

orden y han cesado los asesinatos desde su actuación», produciéndose una «humanización en el trato a los prisioneros»²¹.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que el calificativo de *oasis* es cierto sólo en comparación con lo que sucedía en el resto del territorio español. Por ejemplo, frente a los 16 clérigos fusilados por los franquistas, entre julio de 1936 y junio de 1937 fueron asesinados en la zona vasco-republicana 59 sacerdotes y religiosos (28 de ellos en la etapa del gobierno vasco)²², de los que apenas se habla, a pesar de su número. En la pequeña parte de Álava que quedó en zona republicana los únicos estudios disponibles hablan de unos 37 asesinatos, lo que supondría un 2,7 por mil de la población de la zona, porcentaje superior al de la Álava franquista (1,7 por mil). Todo ello no quita mérito alguno a la labor humanitaria del gobierno vasco, pero sería necesario contar con un mayor número de estudios en profundidad sobre la represión en esta zona. Además, el esfuerzo vasco por mantener escrupulosamente el orden tuvo un grave déficit cuando el 4 de enero de 1937, tras un bombardeo sobre Bilbao, grupos de milicianos, en su mayoría de la CNT y la UGT, asaltaron varias cárceles y asesinaron a 224 personas. El gobierno (y en especial Monzón, su consejero de Gobernación) actuó tarde y sin eficacia en la prevención de los asaltos, pero no en su represión posterior, para la que se nombró un juez especial que procesó a los responsables. Esta ejemplar reacción fue de todo punto inusual en el conjunto de la guerra, pero cuantitativamente este asesinato colectivo fue el más grave de los hechos represivos cometidos en el País Vasco²³.

A pesar de que la relación entre todos los consejeros del gobierno fue excelente, a lo que contribuyó el carisma personal de Aguirre, este carácter moderado de la guerra produjo discrepancias entre el PNV y sus aliados de izquierda, así como también entre el gobierno autónomo y el de la República. Estos enfrentamientos se reflejaron incluso en la prensa, como el que tuvo lugar cuando el diario socialista *El Liberal* arremetió contra la visión exclusivista de la guerra que

21 JUARISTI, J.: *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa, 1997, p. 269, Y Servicio Histórico Militar, Cuartel General del Generalísimo, 5-291.

22 GOÑI, J. M.: *op. cit.*, 1989, pp. 227-234.

23 Cfr. GRANJA, J. L. de la: *República y Guerra Civil en Euskadi. Del Pacto de San Sebastián al de Santoña*, Oñati, IVAP, 1990, pp. 285-312, Y LANDA, C., y otros: *Espetxean, 1937-1942. Semilla de libertad*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1998.

tenía el PNV. En buena medida, esta acusación era cierta, puesto que en 1939 Aguirre reconocía que si la República se hubiera empeñado en «hacer españolismo» en Euskadi, «nuestros soldados hubiesen dejado las armas en el suelo»²⁴. Pero los mayores problemas procedieron de la CNT, que asumió una postura muy crítica con la labor gubernamental. Esta tensión se puso de manifiesto en la primavera de 1937, cuando el gobierno decidió que el diario comunista *Euzkadi Roja* se tirara en los talleres del periódico adquirido por los anarquistas para la edición de *CNT del Norte*. Los batallones cenetistas llegaron a abandonar el frente y se dirigieron a Bilbao, aunque cesaron en su actitud tras llegar a una solución de compromiso.

La organización militar y la caída de Vizcaya

La organización militar fue el principal punto de fricción entre el gobierno vasco y el de la República, debido al deseo de Aguirre de mantener la autonomía del ejército de Euskadi, a sus pésimas relaciones con el general Llano de la Encomienda, jefe del ejército del Norte, y con el capitán Ciutat, jefe del Estado Mayor, y a sus constantes peticiones de armamento y sobre todo aviación, que casi siempre eran contestadas con negativas. Si la República alegaba que le era imposible obtener todo lo que se le pedía, para Aguirre la actitud de Largo significaba condenar a la derrota a una Euskadi dejada a su propia suerte. En estas disputas, Aguirre contó con la ayuda de los consejeros no nacionalistas de su gobierno, que entendían que no se trataba de aplicar la estricta legalidad, sino de procurar la mayor eficacia militar, que se conseguiría respetando la especificidad vasca.

En efecto, el Departamento de Defensa vasco, en manos de Aguirre, movilizó a los reemplazos, militarizó industrias de guerra, creó una Academia, una Sanidad militar y un cuerpo de capellanes para los batallones del PNV, construyó el famoso y fallido *cinturón de hierro* (línea defensiva en torno a Bilbao) y constituyó a finales de octubre el ejército de operaciones de Euskadi, que para el gobierno republicano era un cuerpo integrado en el ejército del Norte, definición negada por los nacionalistas. De esta forma, aun manteniendo

²⁴ Archivo del Nacionalismo, GE, 62/6.

la organización partidista de los batallones (28 del PNV, 14 de UGT-PSOE, 9 de las Juventudes Socialistas Unificadas, 8 del PCE, 7 de la CNT, 5 de Izquierda Republicana, 4 de ANV, 3 del sindicato ELA-STV, 2 de los *mendigoxales* nacionalistas radicales y 1 de Unión Republicana 25), *ellehendakari* se reservaba el mando sobre las tropas vascas. Las dificultades de coordinación con Santander y Asturias fueron claves en la derrota vasca, como se vio en la única ofensiva preparada por este ejército, el ataque sobre Vitoria iniciado a finales de noviembre de 1936, que dio lugar a la batalla de Villarreal y que terminó en un completo fracaso.

Después de varios meses de calma, el 31 de marzo de 1937 las fuerzas de Mola iniciaban la ofensiva sobre Vizcaya. Ante la absoluta supremacía aérea de Franco se repitieron las peticiones de una aviación que apenas llegó con cuentagotas, debido en parte a las dificultades para hacer arribar aviones a Vizcaya. El 10 de mayo, Aguirre en persona asumió el mando militar del ejército de Euskadi, lo que provocó la protesta de Largo Caballero por la extralimitación *dellehendakari*. La relación entre ambos gobiernos fue algo más fluida tras el nombramiento en mayo de Negrín como presidente y de Prieto como ministro de Defensa. Prieto separó del resto del ejército del Norte el «Cuerpo de ejército del País Vascongado», que pasó a estar mandado por el general Gámir, cuyas relaciones con Aguirre fueron mejores que con los mandos anteriores.

En el conjunto de los hechos bélicos de la campaña de Vizcaya, el bombardeo de Guernica, el 26 de abril de 1937, se ha convertido en el acontecimiento más emblemático de la guerra en Euskadi. La crueldad del bombardeo, el carácter simbólico foral de la villa y del roble de la Casa de Juntas y el hecho de que Franco negara de plano la autoría de la destrucción de la ciudad, atribuyéndola a un supuesto incendio provocado por los combatientes del bando republicano -como había sucedido en septiembre de 1936 en Irún- provocaron una batalla informativa, propagandística e historiográfica. Tras el abandono definitivo de la versión franquista, la historiografía

25 El número de batallones varió con el tiempo y depende de si se tiene o no en cuenta los que estaban en proceso de organización. Seguimos las cifras de SEBASTIÁN, L., y VARGAS, F., en RODRÍGUEZ DE CORO, F. (coord.): *Los ejércitos*, Vitoria, Fundación Sancho el Sabio, 1994.

ha seguido enzarzada en una agria polémica, en la actualidad más reconducida al ámbito académico ²⁶.

En efecto, hoy hay consenso en los datos básicos: aviones alemanes e italianos bombardearon durante más de tres horas la villa de Guernica -próxima al frente y, por tanto, posible objetivo militar-, cuya población se había incrementado como consecuencia de la afluencia de milicianos y refugiados, y por ser día de mercado, aunque parece que éste pudo haber sido suspendido al mediodía. La ciudad quedó casi destruida, pues el 70 por 100 de sus edificios fueron afectados, aunque no fue dañada la Casa de Juntas ni el histórico árbol, y algunos aviones ametrallaron a la población. Sin embargo, quedan aún por aclarar algunos datos, que probablemente nunca será posible conocer con certeza por falta de fuentes, como el número exacto de muertos -que podría ser superior a los dos centenares-, el responsable directo de la orden de ataque (cuya responsabilidad política, en cualquier caso, corresponde a Franco y a sus altos mandos) y la finalidad del bombardeo, que podría ser tanto atacar un objetivo militar por motivos estratégicos como aterrorizar a la población civil, bombardeando una villa simbólica vasca y tratando así de acelerar la rendición de Bilbao.

En cualquier caso, la historiografía académica -sin admitir ni la teoría neofranquista del bombardeo de Guernica como un *mito* ni tampoco las cifras exageradas de muertos de la propaganda anti-franquista- ha hecho hincapié en la importancia de Guernica, convertida en un símbolo de la brutalidad de la guerra y del terror del fascismo, a lo que contribuyó notablemente el cuadro de Picasso. Por su parte, el nacionalismo vasco ha visto en el bombardeo un ataque al pueblo vasco y a sus libertades, imagen de la resistencia

²⁶ Los principales protagonistas de esta polémica historiográfica han sido R. de la Cierva, J. Salas Larrazábal, V. Talón, H. R. Southworth, F. Bravo Morata, A. Viñas y A. Reig Tapia. Cfr. BERNECKER, W. L.: «Cincuenta años de historiografía sobre el bombardeo de Gernika», en GRANJA, J. L. de la, y GARITAÚNANDIA, C. (eds.): *Gernika: 50 años después. Nacionalismo, República, Guerra Civil*, San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1987, pp. 219-242; GRANJA, J. L. de la: «En torno al 50 aniversario del bombardeo de Gernika. La polémica historiográfica interminable», *Arbola*, núm. 13-14, 1987, pp. 129-132; GRANJA, J. L. de la, y ECHÁNIZ, J. A. (eds.): *Gernika y la Guerra Civil. Symposium: 60 aniversario del bombardeo de Gernika* (1997), Guernica, Gernikazarra Historia Taldea, 1998, y MÚMÚMŪ, I. (coord.): *Herbert R. Southworth: vida y obra/Herbert R. Southworth: bizitza eta lana*, Guernica, Ayuntamiento de Gernika-Lumo-Museo de la Paz de Gernika, 2001.

vasca contra la opresión exterior, uniendo la mitificación de los Fueros, simbolizados por el árbol de Guernica, con su visión de la guerra como un enfrentamiento entre Euskadi y España. Todo ello ha hecho que se mantenga cierta mitificación del bombardeo, presente tanto en sectores nacionalistas como no nacionalistas²⁷. Y que cueste que las investigaciones historiográficas lleguen a conformar el imaginario colectivo sobre el bombardeo de Guernica, mucho más conocido que el de Durango, a pesar de sus similares características²⁸.

Desde finales de abril, y a pesar de que la resistencia fue superior a la prevista por Mola, el ejército vasco se batió en retirada. Con las tropas franquistas a las puertas de Bilbao, el gobierno vasco acordó evacuar la capital vizcaína y volar sólo los puentes sobre la ría, para dificultar el avance del enemigo, evitando destrucciones innecesarias en la ciudad y -en contra de las órdenes del Ministerio de Defensa- en la industria vizcaína. Cuando, el 19 de junio, cayó Bilbao, los *gudaris* permanecieron hasta el mismo momento de la entrada de los requetés, liberando a los prisioneros políticos y rindiéndose algunos batallones nacionalistas. Esta actitud, aunque desde el punto de vista de la táctica militar dejara mucho que desear, encajaba con la especificidad de la guerra en Euskadi, evitando llevar a cabo una política de *tierra quemada*, que imposibilitara la posterior recuperación económica, y tratando de humanizar la guerra. El 2 de julio, mientras las tropas vascas se retiraban hacia Santander, todo el territorio vasco quedaba en manos de Franco.

²⁷ Con motivo del sesenta aniversario del bombardeo, el diario *El País* (28 de abril de 1997) hablaba todavía de 2.000 muertos. Algunos historiadores siguen recogiendo acríticamente la cifra de 1.500-1.654 muertos aportada por el gobierno vasco en 1937 (CASANOVA, J.: *La Iglesia de Franco* Madrid, Temas de Hoy, 2001, p. 77, YARRIEN, G., Y GOIOGANA, I.: *op. cit.*) 2002, p. 40). El nacionalismo -en especial su sector radical- sigue realizando una peculiar interpretación del bombardeo. Arnaldo Otegi, coordinador de Batasuna, decía el 27 de abril de 2002: «Los nazis y los franquistas, los que todavía gobiernan en el Estado español, destruyeron Gernika porque era el símbolo de las libertades vascas. Hoy quieren destruir la izquierda abertzale (...). Entonces no pudieron destruir el árbol y hoy tampoco van a poder destruir a la izquierda abertzale». El argumento también se ha utilizado a la inversa: Fernando Savater ha acusado a HB de ser «pariente ideológico del fascismo que bombardeó Guernica» y «herederos de la Legión Cóndor» (*Gara*, 27 de abril de 2002; *ABC*, 29 de abril de 2002, y *El Día*, 29 de abril de 2002).

²⁸ Cfr. IRAZABAL, J.: *Durango: 1937 martxoak 31*) Abadiño, Gerediaga Elkarte, 2001.

De Santoña al exilio

Los intentos de llegar a una paz separada entre los sublevados y el PNV habían comenzado ya en el verano de 1936. Incluso una vez obtenido el Estatuto, se repitieron los intentos de mediación, promovidos por Italia y el Vaticano, pero Franco no se mostró dispuesto a hacer ninguna concesión. La diplomacia italiana continuó negociando con los nacionalistas, incluso después de la pérdida de Euskadi, a lo largo del verano de 1937. La falta de confianza entre la izquierda y el PNV a estas alturas de la guerra era patente, ya que éste, perdido el territorio vasco, se había quedado sin la única razón de su lucha. El protagonismo de estas negociaciones por parte vasca no correspondió a Aguirre ni a su gobierno, sino al PNV, a su dirigente Ajuriaguerra y al sacerdote Alberto Onaindía. Esto demuestra la existencia de dos sensibilidades en el PNV en primavera-verano de 1937: una proclive a mantener la lealtad a la República (Aguirre e Irujo) y otra dispuesta a llegar a una paz separada por mediación italiana (Ajuriaguerra y Leizaola). En efecto, mientras Ajuriaguerra negociaba con los italianos, Aguirre marchó a Valencia, donde pidió a Azaña el traslado del ejército vasco a Cataluña por Francia, operación utópica que fue denegada. Además, si Aguirre quería que los *gudaris* siguieran luchando, el mejor lugar era precisamente el norte, cuya rápida conquista por Franco fue muy negativa para la República. Al mismo tiempo, las tropas nacionalistas recibían órdenes en Santander para no colaborar con el resto del ejército del Norte, provocando graves problemas de indisciplina.

El 22 de agosto quedaba concluido en Hendaya el pacto que debía ser cumplido en la zona de Santoña en los dos días siguientes. Según el pacto, las tropas vascas que se rindieran permanecerían como prisioneros de guerra de los italianos, permitiendo la salida por mar de los dirigentes (en los barcos que se estaban fletando), evitando los fusilamientos y no obligando a nadie a luchar en el ejército de Franco. La idea era simular esta rendición como una derrota militar, lo que era muy difícil de organizar y por ello los plazos previstos no se cumplieron. La mayor parte de los batallones nacionalistas incumplieron las órdenes de retirarse hacia Asturias y se fueron concentrando en la zona de Santoña, pero no se entregaron,

por lo que el 25 de agosto los italianos los coparon definitivamente, considerando su entrega como una rendición incondicional, tanto por el retraso en la rendición como por la negativa de Franco a aceptarlo. Algo menos de 30.000 combatientes (casi todos nacionalistas) fueron hechos prisioneros de los legionarios italianos, que el 14 de septiembre fueron sustituidos por soldados españoles²⁹. Mientras tanto, la inmensa mayoría de los batallones izquierdistas vascos seguían combatiendo hasta la pérdida del frente norte, en octubre de 1937.

De esta forma, el denominado pacto de Santoña se convertía en un fiasco para el PNV y en uno de los temas más polémicos de la guerra en Euskadi. El pacto terminó siendo una rendición sin condiciones, tanto por la imposibilidad material de aplicar en poco tiempo un plan muy complejo, como por el retraso en el envío de los barcos. La rendición de Santoña demuestra la difícil situación en la que se encontraba el PNV en este momento, atrapado entre la necesidad de aparentar lealtad al gobierno republicano, la negociación con los italianos para salir de la guerra y la de escapar de la vigilancia de Franco. Sus consecuencias fueron muy negativas para la República, pero la actuación del PNV fue coherente con su visión de la guerra, ya que no se batía por la República, sino por la libertad de Euskadi. Perdido su territorio, muchos nacionalistas consideraban que continuar la lucha fuera de sus límites no tenía ningún sentido. Para el PNV, el pacto acabó en desastre, pero no por su firma, sino por lo que consideraba incumplimiento por parte de Italia, que había hecho que el PNV perdiera parte de su crédito ante la República sin sacar nada positivo. Además, a partir de octubre empezaron a ser fusilados algunos prisioneros, aunque los principales dirigentes políticos fueron indultados, gracias a presiones diplomáticas.

El pacto no provocó ninguna crisis en el gobierno vasco y tampoco -en contra de lo que se ha solido afirmar- en la relación entre el PNV y la República, aunque el prestigio nacionalista y del gobierno autónomo bajó muchos enteros y se incrementó la desconfianza de la izquierda hacia el PNV. La razón de la ausencia de reacción gubernamental ante lo que algunos socialistas definían como «traición infame» de Santoña fue que la prioridad de la República fue salvar a los presos de los diversos partidos y aprovechar el pacto para denun-

²⁹ GARMENDIA, J. M.: «El Pacto de Santoña», en GARITAONANDIA, C. y GRANJA, J. L.: *op. cit.*, 1987, pp. 157-180.

ciar la falsedad de la «No intervención», demostrando la presencia de tropas italianas en España. Además, la situación de la República hacía poco aconsejable un nuevo pleito interno e interesaba seguir aprovechando el concurso del PNV para tratar de obtener apoyo de las democracias occidentales. A esto se unió el hecho de que toda la negociación la hubiera llevado a cabo el PNV, y no Aguirre ni Irujo, por lo que éstos aparecieron exentos de responsabilidad. Hubo, sin embargo, un intento de exigir responsabilidades -aunque no sólo por Santaña-, cuando se inició un proceso en el Tribunal Supremo para dirimir las responsabilidades por la derrota militar del norte, pero el final de la guerra impidió que se concluyera.

La caída de todo el norte obligó al gobierno de Euskadi y a los partidos que le apoyaban a trasladar su centro de acción a Francia y Cataluña, donde, desde octubre de 1937, tuvo su sede el ejecutivo vasco. Su mantenimiento en el exilio catalán era fundamental para el PNV, pero no para el gobierno de la República y para parte de la izquierda vasca, que lo creían superfluo, una vez perdido su territorio. A pesar de estas dificultades, entre 1937 y 1939 Aguirre pudo efectuar una política autónoma importante, para la que contó con el apoyo de la Generalitat, tratando incluso infructuosamente de contar con un cuerpo de ejército propio en la España republicana.

Esta etapa coincidió con importantes crisis en casi todos los partidos vascos, provocadas casi siempre por el alcance de su relación con el PNV y el gobierno vasco, lo que indica la trascendencia del hecho diferencial vasco durante la guerra. Fue lo que sucedió con el PCE (expulsión del partido de su consejero Astigarrabía), Izquierda Republicana (expulsión del consejero Aldasoro), ANV (problemas en torno a la entrada en el gobierno de Negrín de su dirigente Tomás Bilbao) y sobre todo el PSOE, dividido en torno a la constitución de un partido socialista exclusivamente vasco. Los conflictos entre el PNV y el PSOE -que acusaba al primero de convertir al gobierno en patrimonio nacionalista- arremetieron en estos años, aunque la mayoría de los consejeros socialistas apoyaron *allehendakari* en contra de su propio partido, prefigurando la grave crisis del socialismo vasco, que estallaría una vez concluida la guerra.

Perdido el territorio, los refugiados eran la razón de ser del mantenimiento de las instituciones autonómicas, que dedicaron a su atención la mayor parte de sus esfuerzos. Unos 79.500 vascos marcharon a Francia tras la caída del norte. La mayoría fueron repatriados a

Cataluña o al País Vasco, mientras otros permanecían en Francia y unos pocos marchaban a América. El gobierno vasco realizó una meritoria labor de ayuda a los refugiados, que incrementó su prestigio internacional, utilizado en diversos planes de mediación internacional para terminar la guerra y reforzado por una intensa propaganda. Ésta utilizó la prensa (*Euzko Deya* de París y *Euzkadi* de Barcelona), la edición de libros y folletos, el cine (*Guernzka*), los grupos artísticos y deportivos (*Elai Alai*, *Eresoinka* y el equipo de fútbol *Euzkadi*) y las asociaciones de solidaridad, como la *Ligue Internationale des Amis des Basques*.

La zona franquista. El alcance de la represión

La implantación del *Nuevo Estado* franquista en el País Vasco no fue muy diferente a la del conjunto de España, a pesar de la peculiaridad religiosa, ya mencionada, y la fuerza previa del carlismo en algunas provincias, que tuvo sus consecuencias a la hora de construir ese nuevo orden. Centros políticos, sindicatos y periódicos desafectos al nuevo régimen fueron clausurados y la censura y el control oficial afectaron a todas las manifestaciones públicas. Este control se dirigió también contra manifestaciones de la lengua y la cultura vascas, que se entendían como sinónimo de nacionalismo, a pesar de la oposición de algunos sectores del carlismo. En contra de lo que suele afirmarse -salvo algunas medidas debidas a autoridades locales-, no hubo una prohibición oficial de hablar en euskera, que hubiera sido imposible de hacer cumplir, pero la persecución contra las manifestaciones públicas de la lengua vasca fue implacable, incluyendo la prohibición de los nombres vascos en el registro civil, el cambio de nombres de empresas y establecimientos, la *depuración* de lápidas de los cementerios, etc.

La represión afectó incluso, en el caso de Vizcaya y Guipúzcoa, a la totalidad de estos territorios, a los que un decreto-ley de Franco de junio de 1937 castigó con la supresión del Concierto económico. Aunque el término de «provincias traidoras» -que tradicionalmente se identifica con este decreto- no aparece en el texto del mismo, se trata de un caso único dentro del franquismo, al considerarse responsables de determinadas actitudes políticas a las dos provincias en su conjunto, a pesar de que se reconocía que no todos los gui-

puzcoanos y vizcaínos se habían opuesto a Franco. Con esta medida se trataba de castigar al nacionalismo vasco, que -según el decreto-ley- habría utilizado el Concierto «para realizar la más torpe política antiespañola», pero conocemos el disgusto con que los carlistas vascos acogieron una decisión que chocaba con el foralismo tradicionalista. Por el contrario, en Álava -así como en Navarra- hubo cierto intento de reivindicación de un historicismo foral, presente por ejemplo en la recuperación en plena guerra de la denominación de Diputación Foral, inexistente en Alava desde la Restauración.

Durante la guerra se fue construyendo un nuevo orden, a base de elementos militaristas, fascistas y católico-traditionalistas, en una amalgama autoritaria teñida de nacionalismo español. Militares y civiles procedentes del carlismo, de Renovación Española, de sectores católicos o patronales, de la dictadura de Primo de Rivera y de Falange ocuparon los cargos oficiales. La peculiaridad vasca fue un porcentaje de carlistas mayor que en el resto de España, frente a una escasa presencia de falangistas. Los tradicionalistas presidieron casi todas las diputaciones vascas durante la guerra, aunque -en un cierto equilibrio- se tendía a contrapesar su fuerza, designando a falangistas o a alfonsinos como vicepresidentes o al frente de la Jefatura Provincial del FET de las JONS, el partido único creado tras la unificación de abril de 1937. También existe diferencia entre las capitales -con presencia de representantes de los sectores económicamente más poderosos e incluso en Bilbao de la tradicional oligarquía industrial- y otros municipios intermedios, donde la procedencia social de los concejales era más popular (obreros, empleados, labradores, etc.).

Además -a pesar de que en la superficie nada pareciera moverse-, las disensiones internas fueron desde el principio frecuentes, sobre todo desde un carlismo que acogió la unificación sin ningún entusiasmo. Conocemos bien el caso de Álava, donde los problemas comenzaron antes de la unificación, tratándose más de enfrentamientos entre sectores internos del carlismo que de un choque entre falangistas y carlistas. Éste se produjo sobre todo a partir de mayo de 1938, provocando varios ceses de cargos públicos, dimisiones en solidaridad con los cesados e incluso recogida de firmas a favor de unos y otros. Al final, la situación se recondujo con un equilibrio entre tradicionalistas franquistas, falangistas moderados y derechistas «independientes».

En cuanto a la represión, aunque no contamos con datos exactos, no cabe duda de que fue -como en toda España- dura y sistemática,

con condenas a muerte, destierros, encarcelamientos, multas, inhabilitaciones laborales, incautaciones de bienes y dificultades de todo tipo para los que tenían un pasado desafecto. Esta represión hizo que buena parte de los antiguos militantes de partidos antifranquistas optaran por refugiarse en el ámbito familiar y privado y trataran de pasar desapercibidos. En general, la represión contra el nacionalismo fue menor que la sufrida -tanto aquí como en otras provincias- por la izquierda: por ejemplo, en Álava los nacionalistas fueron un 3 por 100 del total de los fusilados, mientras que en Navarra no llegaron al 1 por 100.

La cuantificación de la represión franquista durante la guerra ha sido uno de los temas que más polémica ha levantado y también uno de los más manipulados. Un ejemplo claro es la *sustracción* de muertos, con objeto de incrementar los méritos de un partido, al aparecer como más reprimido por Franco que otros. Es lo que sucedió con tres jóvenes hechos prisioneros en el frente y fusilados en Vitoria en agosto de 1936, a los que el diario *Euzkadi* presentó como nacionalistas, idea que ha sido repetida por toda la historiografía, aunque en realidad uno de ellos no era del PNV sino «izquierdista»³⁰. En cuanto a las cifras, para Álava, el estudio de J. Ugarte señala 165 fusilados, incluyendo el enclave burgalés de Treviño. El caso de Navarra -donde la represión fue especialmente cruel- fue objeto de fuertes polémicas, hasta que el por otra parte esforzado estudio de Altaffaylla Kultur Taldea pareció dejar aclarado que hubo 2.789 muertos. Aunque esta cifra ha sido muy citada, en realidad -según sus mismos datos-, fueron unos cuantos centenares menos, ya que comete el error metodológico de sumar las víctimas de la represión en Navarra, incluidos los no navarros, y los navarros fusilados en otras provincias³¹.

³⁰ ARTEIXE, L.: *Diario de un abertzale. Prisión central de Burgos, 1940*, Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1998, pp. 85-86.

³¹ UGARTE, J.: «Años de silencio, tiempo de cambio (1936-1976)»>, en RIVERA, A. (ed.): *Alava, nuestra historia*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1996, p. 323; SALAS LARRAZABAL, R.: *Los fusilados en Navarra en la Guerra de 1936*, Madrid, Comisiones de Navarros en Madrid y Sevilla, 1983; COLECTIVO AFAN: *iiNo, general!.' Fueron más de tres millos asesinados*, Pamplona, Mintzoa, 1984, y ALTAFFAYLLA KULTUR TALDEA: *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Estella, Altaffaylla Kultur Taldea, 1986. Cfr. JULIA, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, que, sin embargo, no incluye las cifras de Álava.

Las obras ligadas a la izquierda *abertzale*, como la de Egaña, tienen un singular empeño en sumar víctimas -por ejemplo, incluyendo como fusilados a posibles muertos en el frente-, pero llegan al caso más extremo al incluir como asesinados por los franquistas en Guipúzcoa a algunos fusilados en determinados pueblos que en la fecha que señalan estaban bajo control republicano. Incluso así, rebajan la cifra de Navarra a 2.728, a pesar de seguir cayendo en el mismo error de Altaffaylla y de contar los fusilados hasta 1946. Para la represión franquista en Vizcaya y Guipúzcoa carecemos de investigaciones serias y quizá no sea casual que no se hayan emprendido, ante el *temor* de que las cifras -especialmente en el caso del PNV- sean mucho menores que las que suelen barajarse, tal y como ponen de manifiesto algunos estudios locales. Para estas provincias, el libro de Egaña sigue siendo engañoso, como lo demuestra el hecho de incluir como vecinos de Deusto -un municipio inexistente, anexionado a Bilbao en 1924- a los no vascos fusilados en la prisión de dicho barrio, con objeto de poder sumarlos como vizcaínos. En cualquier caso, no parece poder afirmarse que en Guipúzcoa se produjo «una limpieza a fondo de izquierdistas y nacionalistas vascos»³², cuando -según reconocía el gobierno vasco-, el destino de «gran número de gudarís» hechos prisioneros fue combatir en el ejército franquista o, según los datos de Pedro Barruso, 23 antiguos nacionalistas fueron designados concejales en Guipúzcoa a partir de 1936.

Conclusión

La guerra civil tuvo en el País Vasco importantes peculiaridades, especialmente por ser un conflicto entre católicos, al optar el PNV por el bando republicano. Esta impronta específica se vio incrementada por la división inicial del territorio y de la población vasca, por el aislamiento de su zona republicana y por la obtención de un Estatuto autonómico. Éste, aunque efímero, significó un hito en la historia contemporánea vasca, al conformar a Euskadi como ente jurídico-político y al unir, aun con reticencias, dos culturas políticas en buena medida enfrentadas hasta ese momento: la izquierda, que

³² CASANOVA, J.: *op. cit.*) 2001, p. 138. Cfr. EGAÑA, I.: *op. cit.*) 1999-2000.

aceptó como propia la autonomía e incluso el hecho diferencial vasco, y el PNV, que dio un paso sin marcha atrás en su lento trayecto del tradicionalismo ideológico a la aceptación plena de la democracia. La especificidad vasca afectó a su organización militar, siendo uno de los motivos de la derrota republicana en el norte, al dificultar su coordinación con Asturias y Cantabria. Pero fue más destacable aún en cuanto a la vida en retaguardia, al no existir persecución religiosa ni -salvo inicialmente en Guipúzcoa- una revolución social equiparable al resto de la zona republicana. Aunque el *oasis vasco* fue un oasis relativo, lo cierto es que la situación de la Euskadi autónoma no tiene punto de comparación con ningún otro territorio español entre 1936 y 1939. Este carácter diferenciado se hizo presente ya -en el caso del PNV- en julio de 1936, en la forma de afrontar la pérdida de Bilbao, en Santoña y en la actuación del gobierno vasco, incluyendo la etapa posterior a la pérdida de su territorio. Incluso el País Vasco bajo el bando sublevado tuvo su particularidad, esta vez por la fuerte presencia del carlismo y por la dificultad para justificar el alzamiento convirtiéndolo en una *cruzada*) cuando parte del clero y de los católicos vascos apoyaban al bando republicano.

Que la especificidad vasca existiera no significa que en Euskadi se estuviera librando una guerra completamente distinta a la española. Es verdad que en algunos aspectos fue un conflicto diferente, con parámetros inimaginables en otros lugares, pero es necesario huir de visiones unilaterales, victimistas o reivindicativas, que, independientemente de la historia, tienden a construir una memoria sesgada de la guerra y de la dictadura franquista, con objetivos políticos, mientras que las investigaciones más serias no llegan al gran público. Aunque se ha escrito mucho sobre la guerra de 1936 en el País Vasco, sigue siendo necesario profundizar en la investigación, especialmente sobre la zona franquista, y poner los medios para que una divulgación de calidad acerque el estado actual de nuestros conocimientos a sectores más amplios.

